



# Por unas humanidades no demediadas<sup>1</sup> . . . .

FERNANDO BALSECA FRANCO

*In memoriam*  
Santiago Andrade Ubidia

«A los predicadores solo les gusta su propia voz».  
John Berger, *Confabulaciones* (2016)

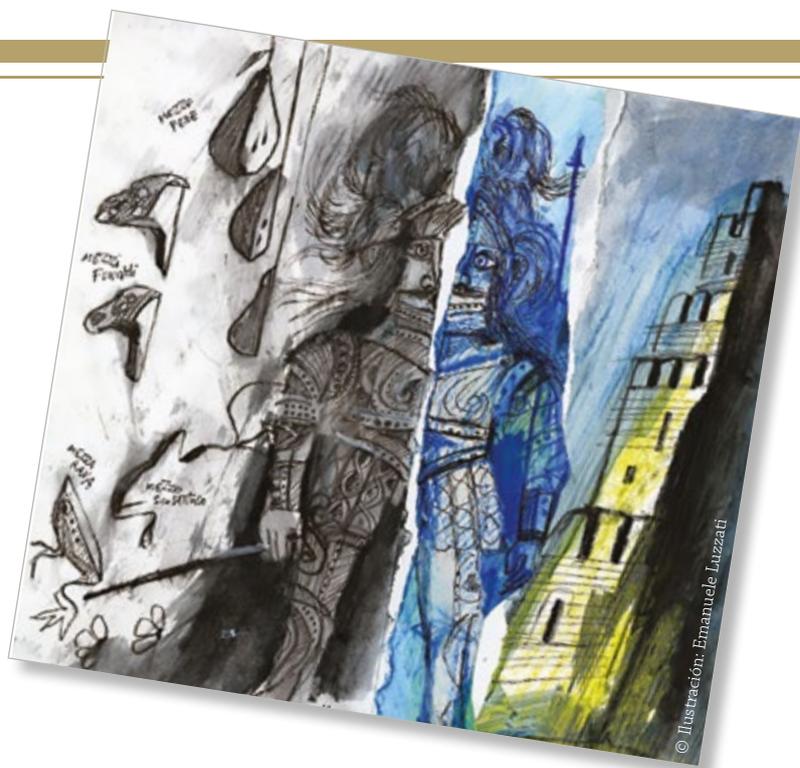
*Fernando Balseca Franco, director del Área de Letras de la UASB-E y uno de sus profesores fundadores, aborda la situación de la academia radicalizada en nuevas militancias. Pese a la defensa de derechos que se propone, se corre el riesgo de desdibujar o «demediar» la apertura y diversidad intelectual que ha caracterizado al pensamiento universitario, generando nuevas dependencias con modelos anglosajones y europeos.*

**E**n 1951, en medio de las tensiones de la Guerra Fría, un hombre escribe —según él, como pasatiempo privado— una historia que parece fantástica e inverosímil: se trata de un joven vizconde que, a fines del siglo XVII, va a batallar en una guerra contra los turcos. En el fragor de la primera escaramuza, el vizconde Medardo de Terralba es herido por una bala de cañón que, según se cree al principio, lo mutila, con lo que permanece intacta una mitad de su cuerpo y la otra, completamente despedazada e inservible.

Salvada solo una mitad, con la parte derecha que no tiene ni un rasguño, Medardo regresa a casa. Pronto, las peras y las setas aparecen seccionadas; los pájaros agonizan cortados; ese medio Medardo se convierte en una amenaza mortal para los habitantes de la comarca porque los ajusticia sin motivo y hasta incendia sus casas. Al final, ellos comprenden que

1. Una primera versión de este texto fue presentada en el I Simposio en Humanidades en la Educación Superior: Vigencia y Perspectivas, que se desarrolló en Cuenca el 27 y 28 de junio de 2019, organizado por la Universidad de Cuenca. También recojo algunas puntualizaciones que presenté en la Sesión Solemne por el Natalicio del Libertador Simón Bolívar, realizada en Quito el 23 de julio de 2021, en la UASB-E.





ha regresado la mitad mala de Medardo. Después de cierto tiempo de padecer estas crueldades, algo diferente sucede: Medardo impide que una araña venenosa pique a un niño y empieza a paliar los desastres que sufre la población, ayudándola en todo. Los campesinos no comprenden esta contradicción, pues un Medardo repara por la tarde lo que ha dañado por la mañana, hasta que se dan cuenta de que también ha vuelto, separada, la parte izquierda de Medardo, que ha resultado ser la mitad buena. Sin embargo, las acciones de la parte buena van resultando tan atosigantes para los habitantes que empiezan a sobrellevar sus existencias entre la caridad y el terror, ambos en exceso. Uno es excesivamente bueno y el otro comete demasiadas fechorías, hasta el punto de que unos llegan a creer que la mitad buena es peor que la mala.

Este es el núcleo de la novela *El vizconde demediado*, de Italo Calvino, que invita a no ser maniqueos no solo con el bien, sino tampoco con el mal, pues, si se las corta tajantemente una de otra, la maldad y la virtud pueden ser inhumanas por igual. Esta narración ofrece una enseñanza para la cotidianidad de nuestras universidades, llenas de problemas institucionales, agobiadas por las disputas de poder, ralentizadas por la burocracia y acaso forzadas a ser lo que no deberían ser. En los tiempos que vivimos se están incubando posturas sectarias a pesar de que se declaren incluyentes al

“ La novela *El vizconde demediado*, de Italo Calvino, invita a no ser maniqueos no solo con el bien, sino tampoco con el mal. ”

manifestar su afán de «visibilizar» actores sociales excluidos por varias formas de poder. En nombre de aspirar a la inclusividad, acaso estamos propiciando nuevas exclusiones. Estas fuerzas se consideran completamente buenas, mientras desdeñan otras que son vistas como totalmente malas. Este es el sentido de abogar por unas humanidades no demediadas, es decir, que no existan proyectos humanísticos que asuman ser dueños absolutos del bien, de la verdad, del futuro, del destino. No debería existir grupo alguno en la universidad que se crea con el exclusivo derecho de representar todo el bien, solo el bien y nada más que el bien, porque no son humanos aquellos proyectos vitales y políticos que se arrojan para sí solos toda la razón, incluso si se declaran poshumanistas o críticos del humanismo.

Esta amenaza es posible porque, a pesar de que en Ecuador y en América Latina hemos padecido los efectos de una universidad militante, activista y revolucionaria, que lo que consiguió fue una institución educativa sin peso académico y que, peor aún, fracasó en sus empeños revolucionarios de conquista del poder, todavía hay quienes continúan pensando que la universidad es el lugar más propicio para alojar todo proyecto de transformación mesiánica. Sin embargo, la universidad no es el reino para los mesías ni de antes ni de ahora. Y no habremos aprendido nada de la frustración de la universidad pública ecuatoriana de las décadas de 1960, 1970 y 1980 si seguimos fomentando la ilusión de que es aquí, en las universidades, con puro y duro voluntarismo, donde ha de prepararse la revolución social que acabará con el sistema capitalista o con el patriarcado.

La idea de que la universidad forma los agentes que combatirán el sistema hasta matarlo es una mala lectura que proviene del excesivo peso que, ahora de manera reciclada, ha ocu-



pado y ocupa la utopía entre nosotros, que nos exige realizaciones que no son realistas ni alcanzables en el corto plazo; es decir, que no se compadecen con los límites de cualquier institucionalidad universitaria o tiempo de vida de una persona. El escritor José Saramago (2010, 49) advirtió de ello hace más de 15 años al decir: «La única utopía viable es el día de mañana, porque quizá todavía estemos vivos y entonces sí, ahí sí podemos hacer o cumplir lo que necesitamos hoy». Así, el espacio universitario no es el del adoctrinamiento ideológico, eso es irrespetuoso con el otro, sino el del pensar de manera crítica, y sobre todo autocrítica, sobre nuestro lugar en los empeños de cambio. Es decir, que cada cual asuma la responsabilidad que pueda o que quiera. Poco antes de morir, el escritor John Berger (2016, 83) también advirtió algo de esto: «En toda visión utópica, la felicidad es obligatoria. Esto significa que no se la puede alcanzar en la realidad. Dentro de la lógica utópica, en la misericordia se esconde una debilidad. Las utopías desprecian el presente. Las utopías reemplazan la Esperanza por el Dogma. Los dogmas están impresos, en cambio, las esperanzas titilan como la llama de una vela». Tal vez haya llegado el momento de insistir menos en las utopías y trabajar más esforzadamente por la esperanza. Nos corresponde a los universitarios desmontar los dogmas que tergiversan la función de la universidad. No es con falsas promesas como se concreta el surgimiento de nuevas realidades.

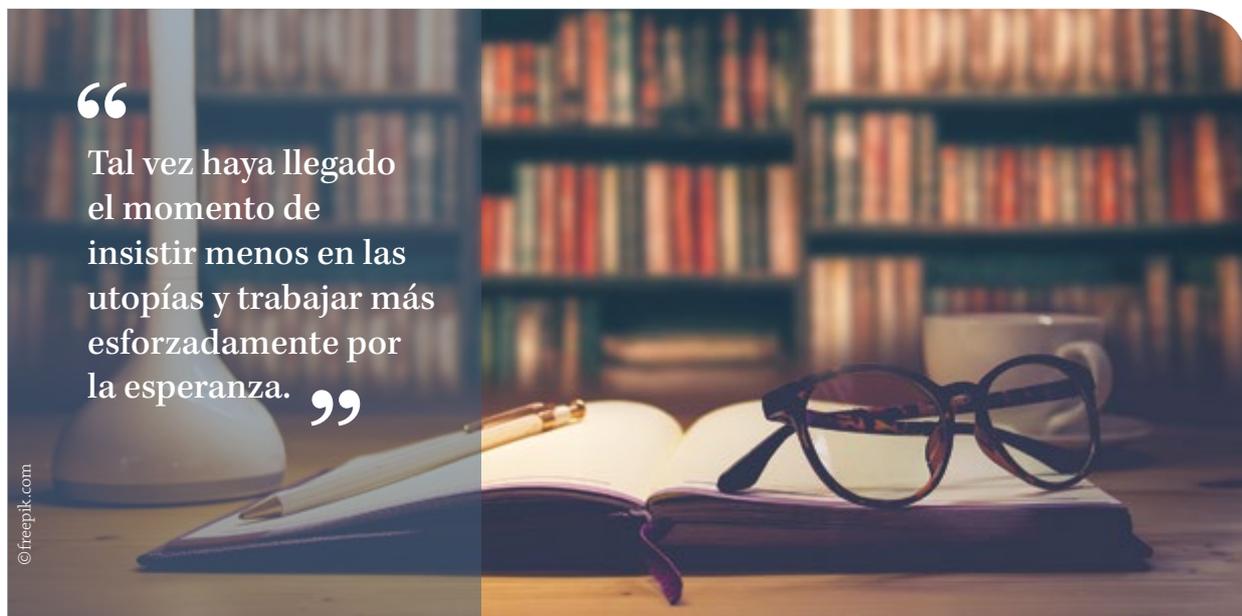
Con estas consideraciones no pretendo negar el potencial transformador que pueden tener un profesor o una charla, una conferencia

o una clase. Y también al revés: no desconozco todo lo que los docentes aprendemos de los empeños de los jóvenes, lo que nos obliga a cambiar y a estar actualizados. Todo lo contrario, ningún espacio es tan sugerente y productivo para reflexionar sobre nuestro devenir que el de la universidad, que llama a preguntarnos cómo lograr que, con las humanidades y las ciencias, las instituciones universitarias, de forma efectiva, piensen en profundidad las distintas problemáticas en las que nos coloca el mundo en que vivimos y produzcan soluciones alternativas. El empeño es perseguir el conocimiento independientemente de la utilidad o de los motivos ideológicos que se crea conseguir con ello. Así lo proponía el escritor y profesor universitario Simon Leys (2011, 556): «una universidad es un lugar donde los estudiosos tratan de buscar la verdad, de perseguir y transmitir el conocimiento por el conocimiento en sí, independientemente de las consecuencias, implicaciones y utilidad de la empresa». Así, la universidad es la institución propicia para cultivar todo tipo de saberes con la condición de que este empeño se realice de manera autocrítica, con consciencia de que nuestras proposiciones son siempre provisionales y que no pueden basarse en dogmas ni concluir en la conformación de sectas.

Debemos, pues, contener los delirios que podrían menoscabar las universidades ecuatorianas y dificultar el que estas cumplan un papel adecuado; la filósofa María Zambrano (2019, 144) decía en 1950 que «la razón se ha embriagado» para señalar que muchas veces, en nombre de causas a todas luces justas e ineludibles, se agazapan nuevos fundamentalismos.

“

Tal vez haya llegado el momento de insistir menos en las utopías y trabajar más esforzadamente por la esperanza. ”





Las humanidades son campos valiosos que tienen mucho que aportar sobre las transformaciones que requieren las estructuras existentes. Es grande la responsabilidad de los universitarios, pues deben proponer qué modificaciones estructurales se requieren para potenciar las pequeñas comunidades a las que la educación superior influye. El país necesita de las universidades no solamente para contar con profesionales con la mejor formación que sea posible, sino para imaginar y diseñar el país que queremos construir.

Es nuestra obligación estar actualizados —que no es lo mismo que estar a la moda—; por eso me animan las propuestas inspiradoras que nos orientan para entender la necesidad de una repotenciación mundial de las humanidades en el contexto del capitalismo de hoy, como las de Martha Nussbaum, Nuccio Ordine, Giorgio Agamben y, en el caso ecuatoriano, pensadores como Hernán Malo González, Enrique Ayala Mora e Iván Carvajal... Pero me gustaría confesar que, en mi visión de la universidad, más bien poco optimista, seguimos amenazados por una asombrosa simplificación de los problemas que atraviesan las sociedades y por el modo de enfrentarlas, ya que, con demasiada frecuencia, salta agresivamente una hipersensibilidad —que incluso ha afectado el sentido del humor y la idea de la belleza— en torno a las cuestiones de la etnia, la diferencia sexual, la forma de alimentarnos, las creencias religiosas... En estos temas estamos demediados: o somos completamente buenos o somos totalmente malos, y nos cegamos ante las complejas mediaciones culturales que inciden en estos debates: la diferencia generacional, educativa y social que subyace en cualquier conglomerado humano. Me preocupa que los nuevos activismos, sin capacidad autocrítica y con posturas que rayan en el fanatismo, hayan ocupado la misma posición contestataria que tuvo el izquierdismo marxista revolucionario en las décadas pasadas. Y no estamos tan viejos como para haber olvidado, ni tan jóvenes como para no habernos enterado, qué desastres acarrió ese izquierdismo en la universidad ecuatoriana. Tampoco es tolerable que esta sea pensada solamente como un lucrativo negocio educativo.

“

**Con demasiada frecuencia, salta agresivamente una hipersensibilidad —que incluso ha afectado el sentido del humor y la idea de la belleza— en torno a las cuestiones de la etnia, la diferencia sexual, la forma de alimentarnos, las creencias religiosas...** ”



“

**Me preocupa que los nuevos activismos, sin capacidad autocrítica y con posturas que rayan en el fanatismo, hayan ocupado la misma posición contestataria que tuvo el izquierdismo marxista revolucionario en las décadas pasadas. ”**

Lo que el estudio de las humanidades confirma en la universidad, y que es un mensaje en espacios sociales más amplios, es que en ella cabe toda forma seria de conocimiento; por eso, la discrepancia que origina los debates es algo inherente que, por cientos de años, ha definido algunos fundamentos universitarios, empezando por el pensamiento crítico, que ya no lo concebimos comprometido con ningún poder, ni siquiera con las nuevas formas ideológicas que tratan de hacer de la universidad, como en el pasado, el espacio para la militancia en un único sentido.

Las humanidades aportan pluralismo y sensatez. Por eso he traído a colación una novela, porque la literatura no simplifica; todo lo contrario, ella abre la comprensión para poner en relación lo que en apariencia se manifiesta como lucha entre contrarios. No propongo bajar los brazos, sino cuidar la universidad para hacer de ella el mejor espacio en el que los jóvenes y los adultos encuentren un lugar para reconocerse en una misión colectiva y para que sean ellos mismos. Solo así, con personas trabajadas en cierto autoexamen, se podrá pensar en los cambios sensatos que se requieren para mejorar nuestro mundo. Las grandes ilusiones conllevan inmensas desilusiones. El pensador Remo Bodei (2016, 31) nos alerta sobre «la triste constatación de que todo proyecto de vida es esencialmente insaturado, inconcluso e imposible de concluir». Con esta comprensión, ¿podemos reconducir con sensatez y sentido común algunos discursos y ciertas prácticas extremistas que han renacido en los espacios académicos?

No es mi afán adormecer el ímpetu transformador de la juventud, sino solo apuntar algunos elementos para recuperar, como demanda el escritor Antonio Muñoz Molina (2019), «el activismo de la racionalidad democrática». El activismo irracional y sectario nos dividirá inútilmente y nos debilitará como institución. Incluso en los temas más sensibles de nuestros días, sería saludable contar con distintas visiones sobre ellos, y no aceptar los cambios simplemente porque son una tendencia colectiva y sin haberlos discutido en profundidad. La agenda de los movimientos sociales no es la agenda de la universidad; esta tiene que construir una propia, universitaria, crítica, cuestionadora, que vaya a tono con las necesidades sociales, ciertamente, pero que no se pliegue sin más a ellas. Unas humanidades no demediadas nos afirmarían los pies en la tierra; comprenderían que el mundo no es entero, que es diverso, y que lo deseable es que una universidad no esté demediada, separada, enfrentada, mutilada. Y que no tenga nuevos predicadores extasiados con su propia voz.

En la universidad de hoy debe restablecerse lo plural, que, según el diccionario académico, es lo múltiple, aquello que se nos presenta en más de un aspecto. Como universitarios, ¿no es nuestro deber básico reconocer que las comprensiones a las que hemos llegado —resultado de nuestra historia familiar, nuestro bagaje, nuestras carencias, nuestros logros y frustraciones, nuestro paso por los años— pueden no ser necesariamente las de los otros, especialmente las de nuestros estudiantes? Para desarrollar una adecuada práctica pedagógica universitaria, ¿no es preciso primero reconocer que todos los días las cosas han cambiado? ¿No es esta comprensión la que siempre debería estar viva en el aula, considerando ante todo la formación de los estudiantes?

La *universitas*, ese conjunto de todas las cosas, implica lo de antes y lo de ahora; no exclusivamente lo de ahora, aunque una pulsión generalizada nos lleve a creer de manera ilusoria que los conceptos recién llegados son los únicos que valen. Todo alrededor de nosotros

existe en una tensión entre la tradición y lo presente, pero debemos reafirmar efectivamente nuestra decisión de movernos en esa tensión, ya que es vano creer que solo las tendencias expresadas, digamos, en los últimos cinco años, son importantes, sin considerar que es el paso del tiempo el que va decantando lo perdurable de aquello que no lo es.

Una enseñanza responsable debe repotenciar esta doble fuente de nuestro pensar. De lo contrario, actitudes fanáticas, sectarias o dogmáticas podrían enseñorearse también en el ámbito universitario, un espacio en el que pueden y deben coexistir todas las cosas. La universidad ecuatoriana de hoy, en todas sus instancias, debe hacer lo posible por ser plural, por preservar y fomentar el pluralismo, que no es un asunto de superficie, pues no basta creer que solo con la variación de número de un sustantivo se es plural, por ejemplo, cuando en las redes sociales y en algunos salones de clase se habla de las violencias, los sentires, los males-tares, los devenires, los decires... El plural en la lengua no está necesariamente expresando pluralismo en la convivencia. Lo plural debe ser entendido también como la valoración genuina de lo otro, de lo contrario.

Una filósofa de hoy, Marina Garcés (2017, 36-7), al hacer un llamado para recolocar la razón en un puesto necesario para entender las tareas presentes, afirma: «Lo que la ilustración radical exige es poder ejercer la libertad de someter cualquier saber y cualquier creencia a examen, venga de donde venga, la formule quien la formule, sin presupuestos ni argumentos de autoridad». De esto se trata: ser capaces

“

**Las novelas, los cuentos, los poemas y las obras dramáticas inspiran la búsqueda de un terreno común que nos permita ser diversos sin fragmentar la universidad en bandos enemigos.** ”

de cuestionarnos a nosotros mismos y cuestionar lo que pensamos, sin tener miedo a aquellas posturas sectarias que han reaparecido en la universidad ecuatoriana. Pensando en los estudiantes, se requiere reforzar el pluralismo, pero uno que en verdad sea plural.

Esta tarea exige la máxima atención, ya que hemos heredado el sectarismo de la izquierda, como lo ha notado la escritora norteamericana Julia Bell (2021, 50): «No podemos oír los puntos de vista del otro porque caemos en la trampa de una indignación convulsiva que nos impide ver que, en realidad, estamos discutiendo con nuestros aliados en vez de hacer frente a injusticias más generales. La cultura de la denuncia se ha convertido en un medio para hacer que se escuche nuestra voz, aunque a menudo a costa de silenciar debates más necesarios y difíciles». Las novelas, los cuentos, los poemas y las obras dramáticas inspiran la búsqueda de un terreno común que nos permita ser diversos sin fragmentar la universidad en bandos enemigos.



Bell, Julia. 2021. *Atención radical*. Trad. Albert Fuentes. Barcelona: Alpha Decay.

Berger, John. 2016. *Confabulaciones*. Traducción de Marcos Mayer. Buenos Aires: Interzona.

Bodei, Remo. 2016. *Generaciones. Edad de la vida, edad de las cosas*. Traducción de María Pons Irazazábal. Barcelona: Herder.

Calvino, Italo. 2004. *El vizconde demediado*. En *Nuestros antepasados*. Traducción de Esther Benítez. Madrid: Siruela.

Garcés, Marina. 2017. *Nueva ilustración radical*. Barcelona: Anagrama.

Leys, Simon. 2016. «Una idea de universidad». En *Breviario de saberes inútiles: ensayos sobre sabiduría en China y literatura occidental*. Traducción de José Manuel Álvarez-Flórez y José Ramón Monreal, 555-9. Barcelona: Acontilado.

Muñoz Molina, Antonio. «Elogio del político». *El País*, 31 de mayo de 2019.

Saramago, José. 2010. *Democracia y universidad*. Madrid: Ed. Complutense.

Zambrano, María. 2019. *Hacia un saber sobre el alma*. Madrid: Alianza.